



Metafísica y tragedia.
Un tratado sobre Schelling
Crescenciano Grave
México, Ediciones Sin Nombre/UNAM
2008

En la intuición intelectual hay que resistir la seducción de la oscuridad que amenaza con inundar de silencio a la conciencia. Esta resistencia se levanta desde la distancia o ironía que debe poder acompañar a todo discurso metafísico.

Crescenciano Grave

Metafísica y tragedia. Un ensayo sobre Schelling, de Crescenciano Grave, es un análisis, cuyo título anticipa el problema a tratar: una discusión entre la filosofía y la poesía retomada desde Schelling. Al ser una pregunta de linde se vuelve una pregunta de una pluralidad de miradas: del filósofo, del literato, del artista, del mitólogo, del psicoanalista.

La estructura de la obra de Grave muestra cómo el pensamiento de Schelling permanece en los márgenes del problema de la intuición. Esta tarea, ardua y compleja, es expuesta en la primera parte, “De la Physis al Arte”. Las primeras líneas son desarrolladas a través de toda la obra, ¿es la filosofía una construcción desde la determinación natural o una obra de la libertad? Siguiendo al Schelling de *La*

filosofía de la Naturaleza, Grave nos responde que es “una obra de la libertad”, pero para trazar “los horizontes de su destino”.

[...] la autopoiesis de la naturaleza, como una finalidad en sí misma, sólo puede ser intuita y, *hasta donde sea posible*, reflexionada desde uno de sus productos; desde la conciencia que, en tanto espíritu, rememora su propia génesis en la naturaleza pero que, para afirmarse propiamente como espíritu, se trueca en contingencia (Grave, 2008: 52).

En ese sentido, Grave nos muestra cómo desde Spinoza y Schelling hay una contradicción en lo que somos como condicionados desde la *natura naturata* y a lo que se aspira, la *natura naturans*, pues el fundamento del objeto no es él mismo sino la productividad. “La proposición *Yo soy* es autopoietica y conscientemente análoga a la autopoiesis de la naturaleza” (90), no sólo es una relación de hechos. La posición que se abre frente al *yo soy* es de “una infinidad de predicados posibles” (90), pero su fundamento permanece inexpresable. A partir de ello Grave muestra cómo en Schelling pervive y se revitalizan las características de la tradición panteísta y cómo resuelve el conflicto al que todo panteísmo dirige: la fatalidad, que es la expresión última de la negación de la tragedia.

Cuando queramos saber qué somos no lo podemos saber sino a partir de una relación que va de lo condicionado a lo incondicionado y viceversa. Una situación paradójica sin duda. El límite de la representación se nos muestra en su ocultamiento. Ahí nos encontramos con la intuición, pero no sólo una intuición sensible sino una *intuición intelectual*. Con el Yo intuimos el Yo, pero, no lo podemos intuir completamente, así que la búsqueda de esa condición que bosqueja una filosofía de la naturaleza hará al mismo tiempo una filosofía trascendental sólo puesta en escena a través de una tercera intuición, la artística. “[Al] hablar de la naturaleza como inteligencia lo que hay que considerar es que de la propia actividad productiva de

la naturaleza se desprende un producto que contiene la posibilidad de reproducirla de forma consciente” (99).

La experiencia completa de la *intuición intelectual*, ese anhelo de introducirse en lo eterno de sí mismo es la seducción por excelencia que presenta la filosofía de Schelling. Grave puntualiza de nuevo, ahí donde comienza lo terrorífico de la indiferencia absoluta se levanta la ironía.

En el capítulo “Poíesis originaria”, Grave advierte la exigencia de que “para llegar a la comprensión en la filosofía, se consideren dos condiciones indispensables: estar en una constante actividad productiva de las acciones originarias de la inteligencia y comprenderse en constante reflexión sobre este producir: ser siempre y al mismo tiempo lo intuido y lo intuyente” (118). Ese Yo desdoblado en *natura naturata* y *natura naturans* puede acceder a la unión de la libertad y la necesidad desde su condición contradictoria. La aniquilación en este sentido está mediada por sus propios componentes.

En lo que ese Yo intenta comprenderse, forja una variedad de productos que reflejan tanto su necesidad como su libertad, la teoría científica en la historia es el referente de la necesidad, el reino de las causas, el mundo como un compendio de hechos. “El elemento diferencial entre la belleza artística y la belleza natural lo introduce la libertad humana como requisito indispensable para la creación de la primera” (181). Para que la intuición intelectual no sucumba ante la seducción del silencio, Grave, de forma plausible, añade al final de la primera parte del libro: “El principio que se postula a sí mismo en la intuición intelectual se realiza en la intuición artística” (188).

En la segunda parte del libro, el autor sigue a Schelling en dos obras concretas: *Filosofía del Arte* y el diálogo dedicado a Giordano Bruno, *Bruno o sobre el principio divino y natural de las cosas*. Ya que la potencia de la *intuición intelectual* se realiza a través de la intuición artística, acercándose y alejándose al mismo tiempo para no ser

condenada al caos originario de la indiferencia absoluta, es en esta segunda intuición en donde recae la armonía de los contrarios. Pero no todo el arte tiene esa posición de absoluta tensión, esa suerte sólo correrá por el camino de la tragedia. Antes de llevarnos por ese camino, Grave nos hace seguirlo por la seducción del caos que impera siempre y tienta a Schelling en sus formulaciones, en el límite de lo inefable: “La intuición fundamental del caos se halla en la intuición de lo absoluto. La esencia interior de lo absoluto, donde todo está en uno y uno en todo, es el caos originario mismo” (Schelling, en Grave, 2008: 146-147).

El caos originario como lo sagrado “de donde todo proviene y a donde todo retorna” (Schelling, en Grave, 2008: 221) lo siempre lejano, nos ofrece una posibilidad: la mediación del arte, ya que la *intuición intelectual* es al final una aporía y la vida no se puede encargar desde sí misma. Hacemos una representación, un escenario de nuestras potencias, confrontamos nuestras contradicciones y nos maravillamos ante los embates de aquello que nos conforma. Ese escenario nos lleva al terror y a la risa, a la tragedia y a la comedia, dicho de otra manera: a la ironía romántica. La tragedia se hace presente pero desde el sujeto moderno esa condición histórica le caracteriza y le aleja al mismo tiempo de lo que fue el *Tragós* griego. Grave aclara uno de los elementos en disputa entre el arte griego y el arte moderno: el griego no está escindido ni de la naturaleza ni de los dioses, la *koiné* griega se manifiesta desde la filosofía hasta el arte. En cambio, el moderno está escindido de la naturaleza. La tragedia será entonces la excelencia y posibilidad de *poner* frente a los ojos lo que la *intuición intelectual* ha inaugurado.

Grave termina su exposición con la tragedia, en donde libertad y necesidad salen vencidas y vencedoras. La libertad triunfa en el mundo ético mientras que la necesidad lo hace en lo físico. Ni la necesidad ve derrocada su determinación ni la libertad ve destruida

su convicción: “es esencial que el héroe sólo venza por aquello que no puede ser efecto de la naturaleza o fortuna sino sólo por su convicción” (283).

La pregunta que Grave plantea casi al final de su ensayo sobre Schelling es más que pertinente: ¿Existe en la tragedia moderna un verdadero destino, a saber, ese destino superior que apresa la libertad en ella misma?. “El destino moderno es la escisión y el conflicto.” (30) ¿Son la escisión y el conflicto un verdadero destino con el cual la libertad moderna se enfrente teniendo las mismas posibilidades de vencer y ser vencida? ¿Esa tentación latente del caos primordial no es el gran peligro de la puesta en escena en la que las potencias de nuestra libertad moderna se presentan ante sí mismas?

En *Metafísica y tragedia*, Crescenciano Grave anuncia un campo casi inexplorado en la historia del pensamiento moderno, a partir del filósofo de la Naturaleza, desde el cual releer a nuestros contemporáneos y revitalizar las disputas. El libro de Grave es una invitación a pensar desde nosotros mismos, desde un pensar en castellano, las convergencias y divergencias entre el ser y la poesía. Raquel Mercado Salas